

Letras y sopa: apuntes de un taller con la boca llena

Words and soup: notes from a workshop with a mouthful

Roberto Herrero García

Universidad Complutense de Madrid

rohega94@gmail.com

Recibido 22/09/2025 Revisado 24/09/2025

Aceptado 15/11/2025 Publicado 16/02/2026

Irene Ortega López

Universidad Complutense de Madrid

Resumen:

El presente artículo expone una selección de los materiales del taller “Letras hasta la sopa”, celebrado el 25 de mayo de 2025 en la ciudad de Cáceres, Extremadura, como parte de las jornadas *Armando juntas el territorio*. Esta propuesta tenía por objetivo explorar la dimensión creativa y plástica del lenguaje, especialmente de aquel vinculado a la tradición oral de la región extremeña, una comunidad donde existe una curiosa situación lingüística con tres grupos de hablas propias, distintas tipologías dialectales y fórmulas mixtas o de castellano *mal hablado*, variedades que se encuentran en su mayor parte en peligro de extinción. Alineándonos con la propuesta de creadoras contemporáneas como Ixiar Rozas, Luz Pichel o Mario Obrero, quisimos trabajar con la dimensión más lúdica del habla popular, donde son corrientes las invenciones de palabras o el placer del balbuceo. Con tal fin, llevamos a cabo cuatro ejercicios en el que empleamos la pasta en forma de letras como herramienta y material de escritura. Las páginas siguientes recogen una selección de los resultados que se obtuvieron durante estas prácticas, además de algunos de los debates teóricos surgidos a partir de las mismas.

Sugerencias para citar este artículo,

Herrero García, Roberto; Ortega López, Irene (2026). Letras y sopa: apuntes de un taller con la boca llena. *Afluir* (Extraordinario VI), págs. 57-69, <https://dx.doi.org/10.48260/ralf.extra6.234>

HERRERO GARCÍA, ROBERTO; ORTEGA LÓPEZ, IRENE (2026). Letras y sopa: apuntes de un taller con la boca llena. *Afluir* (Extraordinario VI), febrero 2026, pp. 57-69, <https://dx.doi.org/10.48260/ralf.extra6.234>

Abstract:

This paper presents a selection of materials from the workshop “Letras hasta la sopa”, held on 25 May 2025 in the city of Cáceres, Extremadura, as part of the conference “*Armando juntas el territorio*”. The aim of this initiative was to explore the creative and artistic dimensions of language, especially those linked to the oral traditions of the Extremadura region, a place with a unique linguistic situation, with three distinct language groups, various dialectal forms and hybrid registers or non-standard Castilian, most of which are in danger of extinction. In line with the approach of other contemporary creators such as Ixiar Rozas, Luz Pichel, and Mario Obrero, we wanted to work with the more playful dimension of popular speech, where wordplay and the pleasure of babbling are commonplace. To do so, we carried out four exercises in which we used alphabet pasta as both a tool and a writing medium. The following pages contain a selection of the results obtained during these practices, as well as some of the theoretical debates that arose from them.

Palabras Clave: escritura, oralidad, taller, lenguaje, sopa

Key words: writing, orality, workshop, language, soup

Sugerencias para citar este artículo,

Herrero García, Roberto; Ortega López, Irene (2026). Letras y sopa: apuntes de un taller con la boca llena. Afluir (Extraordinario VI), págs. 57-69, <https://dx.doi.org/10.48260/ralf.extra6.234>

HERRERO GARCÍA, ROBERTO; ORTEGA LÓPEZ, IRENE (2026). Letras y sopa: apuntes de un taller con la boca llena. Afluir (Extraordinario VI), febrero 2026, pp. 57-69, <https://dx.doi.org/10.48260/ralf.extra6.234>

Introducción

En el año 1930, María de Maeztu, la directora de la Residencia de Señoritas por aquel entonces, pidió una conferencia al poeta José Bergamín para ser leída en su centro. La propuesta era arriesgada, pues este autor era un militante comunista poco ortodoxo que solía causar revuelo en todas sus intervenciones. De ese encargo, surgió *La decadencia del analfabetismo* (Bergamín, 2006), una charla en la que Bergamín defendió una tesis bastante osada para la época (quizás también a día de hoy). Su propuesta era que el analfabetismo no era de por sí una lacra, sino que era un concepto peyorativo con el que las sociedades burguesas habían desprestigiado la cultura oral del campesinado.

La imposición del texto escrito era, a sus ojos, una manera con la que se estaba destruyendo esa capacidad creativa del lenguaje, del boca a boca, que existía en el mundo popular. Y esa obsesión por otorgar prestigio a la palabra escrita fue tan exagerada que, en palabras del propio Bergamín, “llegó el hombre a encontrarse las letras hasta la sopa” (2006, p. 30), refiriéndose a la pasta en forma de letras. A sus ojos, existía un paralelismo entre el proceso de hervido que tiene que sufrir la pasta para poder comerse y la esterilización que sufre el lenguaje oral cuando debe fosilizarse sobre la página del papel.

Siguiendo esta potente metáfora poética de Bergamín, el pasado domingo 25 de mayo de 2025 organizamos el taller de escritura “Letras hasta en la sopa”, el cual se celebró dentro del marco de las jornadas *Armando juntas el territorio*, en el Ateneo de Cáceres. Dicho taller tenía como objetivo explorar la dimensión creativa y plástica del lenguaje, pensando sobre todo en la tradición oral de las comunidades campesinas. Hacerlo en Extremadura no era algo baladí, ya que esta es una región con una peculiar situación lingüística, donde han coexistido históricamente tres grupos de hablas propias (el *estremeño* o *castúo*, el portugués rayano y *a fala*), distintas variedades dialectales de estas tres familias (como el *chinatu*, el *valverdeiru*, el *lagarteiru*, el oliventino...) y otras variedades mixtas o de castellano *mal hablau* (Martín, 2023).

Dicho taller estuvo compuesto por cuatro ejercicios, donde la pasta en forma de letras se convirtió en nuestro principal material de trabajo y escritura. Cada una de esas prácticas fue acompañada de un pequeño espacio de debate, el cual aprovechamos para hablar de temas que tenían que ver con la desviación de la norma, la plasticidad del lenguaje y la potencialidad expresiva del balbuceo. Todo ello se hizo aprovechando las herramientas metodológicas de los estudios *queer* y transfeministas, en especial, de aquellos autores que han experimentado con formas alternativas de escritura ligadas a la práctica artística. En el presente artículo, incluimos algunos de los resultados que obtuvimos durante ese encuentro, así como los debates teóricos y conceptuales surgidos de las prácticas.

Norma y normalización lingüística

Para el primer ejercicio, nos planteamos las siguientes preguntas: ¿cómo se puede llevar a la letra la dimensión oral del lenguaje? ¿Resulta viable, acaso, escoger unos cuantos símbolos de esos que conforman el alfabeto para reflejar lo que sale de nuestra voz? ¿Existen letras capaces de fijar las particularidades de la dicción de cada cual?

Para ello, repartimos un puñado de pasta de letras a cada asistente del taller y les indicamos que debían transcribir con esas mismas letras un término que alguien de los participantes se inventaría al azar y pronunciaría en voz alta.

Las palabras que se obtuvieron de ese ejercicio fueron *jaraminche* y *anetoraxia*. Aunque también podríamos escribir *jaramynxe* y *4ne1cr4kxl4*, porque cada persona encontró un modo para representar estos términos según lo que escuchó y según los recursos gráficos que tenía en su montón de pasta de letras (Figs. 1 y 2). Eso hizo que planteásemos una nueva pregunta: ¿cuál de todas aquellas opciones convertiríamos en norma si lo que quisiéramos fuera incluir esas palabras inventadas en un diccionario? A priori, todas las opciones podrían resultar válidas. No obstante, según el criterio que eligiéramos, solo dos de ellas pasarían a ser las buenas, las correctas, mientras que el resto se convertirían en errores, en palabras *perversas* y *desviadas*.

Durante los últimos años, varias entidades como la OSCEC, el órgano de las lenguas de Extremadura, se están enfrentando a este mismo reto en su intento por elaborar diccionarios y manuales de gramática para las lenguas extremeñas, unas hablas que han estado ligadas tradicionalmente a la cultura oral. Este proceso se conoce como “normalización lingüística”.

El verbo *normalizar* remite aquí al deseo por que algo se vuelva habitual y ordinario, que no suponga una anomalía en la vida cotidiana. La reglamentación léxica y morfosintáctica puede tener así, según esta acepción, un componente supuestamente positivo, pues permite incorporar dichas lenguas a ámbitos formales como la enseñanza. No obstante, siguiendo a la profesora Helena Miguélez-Carballeira (2020, pp. 211-246), *normalizar* también acostumbra a conservar sus connotaciones más restrictivas, remitiendo a la necesidad de poner orden, de homogeneizar, de hacer que algo se establezca según unos criterios y no otros. Por ello, los proyectos de normalización lingüística suelen estar relacionados con actividades de corte institucional, como pueden ser los premios literarios, la elaboración de antologías o la financiación de determinados proyectos artísticos, los cuales solo cuentan con ayudas económicas cuando se ciñen a la normativa considerada como oficial para la lengua que se quiere promover. Por el contrario, en dichas convocatorias, es raro que se dé visibilidad a todas aquellas otras propuestas que amenazan con desestabilizar la norma, como pueden ser las autopublicaciones o el empleo de variedades orales que se consideren como *contaminadas*, ya sea por su acento, su mestizaje o su grafía (Miguélez-Carballeira, 2020, p. 239).



Figuras 1 y 2. Fichas elaboradas durante el taller “Letras hasta en la sopa”, 2025. (Fuente: los autores).

En el caso de Extremadura, este proceso de normalización lingüística cuenta con algunas peculiaridades propias que revelan los lados oscuros de este proceso de fijación de la lengua. En primer lugar, la propia OSCEC ha decidido apostar por la declaración del *estremeño* como Bien de Interés Cultural (Sánchez, 2025, 17m13s), protección con la que ya cuenta *a fala* de Xálama desde el año 2001 (Decreto 45/2001, de 20 de marzo), en vez de exigir la cooficialidad de todas las hablas extremeñas como lenguas del Estado. Esto, a la larga, puede resultar problemático, pues *normaliza* el empleo de las lenguas vernáculas en ámbitos privados o poco legitimados socialmente, como el folclore o la poesía, pero sigue haciendo inadmisibile que este uso se extienda a los ayuntamientos, las universidades o los centros médicos.

Asimismo, la pluralidad de hablas que existen en la región, y la aparente sensación de que muchas de ellas son idiomas que se encuentran fuera de sitio, son otros de los problemas a los que se enfrenta la normalización lingüística en Extremadura. Si pensamos en *a fala*, por ejemplo, podemos mencionar las tensiones entre la Real Academia Galega (RAG) y las autoridades de la Junta de Extremadura, que no se sienten cómodas cada vez que se señala la más que evidente cercanía lingüística (pese a la distancia geográfica) que existe entre el gallego hablado en las zonas orientales de Galicia y las variedades de *valverdeiru*, *mañegu* y *lagarteiru* (Cóstas González, 2013; Pardiñas, 2008). Cosa parecida ocurre con el Portugués, idioma que se estudia en España como lengua extranjera debido a políticas de corte nacionalista, pese a ser un idioma hablado en parte de su territorio (Sanches Maragoto, Varela Aveledo y Vila Verde Lamas, 2009).

Aunque resulte incómodo hablar de ello, la normalización lingüística del *estremeño* también se enfrenta a una falta de usuarios debido a la dispersión de sus hablantes. Esta carencia se explica porque un gran número de las personas que lo empleaban en su vida cotidiana — como poco la mitad de ellas, según las estadísticas — fueron expulsadas de la región durante los años sesenta y setenta (Chamorro, 1979: 21), de forma que se volvió mucho más fácil escuchar hablar en *estremeño* en lugares como Basauri, Vallecas o Getafe que en núcleos supuestamente autóctonos como podrían ser Plasencia, Mérida o Don Benito. La prueba está en que uno de los primeros estudios serios sobre el idioma *estremeño* se llevó a cabo en los arrabales de Barcelona gracias a Voz Castúa, un colectivo de migrantes ligado al Hogar Extremeño de la capital catalana (Sánchez, 2024, 15m14s).

Ante esta situación, a nosotres nos interesaba explorar en el taller aquellos usos del lenguaje que se quedan en un terreno de nadie, que se consideran fronterizos y contaminados. Compartíamos, en definitiva, una perspectiva muy similar a la de los estudios *queer*, los cuales, como señala el artista e investigador Jesús Caballero Caballero (2018) “han establecido que lo normal no es categórico, pues se dan otras realidades que aún están sin explorar en nuestro entorno” (p. 213).

Algunas de las propuestas que surgieron en este primer ejercicio revelaron, precisamente, el potencial que existe en esas otras realidades que van más allá de la norma. Hubo personas que, al no contar con los símbolos que querían en su montón de pasta de letras, optaron por emplear números dentro las transcripciones que elaboraron. Un 4 invertido podía ser, por ejemplo, un sustituto de la letra *a*, así como un número 7 era apto para convertirse en esa virgulilla con la que una *e* pasa a ser, de golpe, una *ñ*. También hubo casos en los que se optó por romper las letras, creando nuevos grafemas que no existen en ningún manual de ortografía. Las soluciones gráficas fueron tan variadas (y, por tanto, difíciles de normalizar) que muchas de ellas no pueden ser traducidas al formato texto de este artículo, limitado a los símbolos disponibles en el teclado de un ordenador.

En definitiva, estas propuestas de escritura retaban al propio sistema de representación de la lengua. Y en eso volvemos a encontrar un claro paralelismo con lo *queer*, un término que, parafraseando al filósofo Paul B. Preciado (2009, pp. 14-15), se usaba originalmente en inglés para hablar de lo incalificable, de todo aquello que empuja al lenguaje hacia sus propios límites.

Chispazos, palabras imprevistas

En 1959, Eduardo Blanco Amor escribió la novela *A esmorga*, una de las obras más importantes de la narrativa gallega. Este libro es un texto que se deleita con la perversión y el disloque. Lo hace en su contenido, donde aparece retratada una sexualidad rural ambigua, llena de relaciones homoeróticas, y lo hace en su forma, ya que es una novela escrita en un gallego no-normativo, dialectal, mal hablado, en el que Blanco Amor empleó palabras del catalán para rellenar huecos del habla gallega (los personajes de *A esmorga* dicen *sortir* en vez de *saír*, por ejemplo) o en el que directamente se inventó palabras que hoy no están recogidas en ningún diccionario (Obrero, 2025, p. 42).

¿Tiene una academia el derecho a enmarcar el léxico de una lengua? ¿Podemos hablar fuera de sus lindes? Mejor aún: ¿podemos cortar la valla con la que cercan las definiciones y dejar que adquieran nuevas formas?

Esto fue lo que intentamos explorar en el segundo ejercicio de nuestro taller. A partir de acepciones extraídas del diccionario de la Real Academia Española (RAE), quisimos construir nuevas palabras empleando el montón de pasta de letras que repartimos al comienzo de la sesión. Como resultado, obtuvimos una serie de tarjetas que conformaron un conjunto de entradas de un diccionario inexistente, donde los asistentes del taller incorporaron otras tácticas creativas, como pegar más de una definición, redactar un supuesto origen del término que habían creado o añadir ejemplos de uso del mismo.

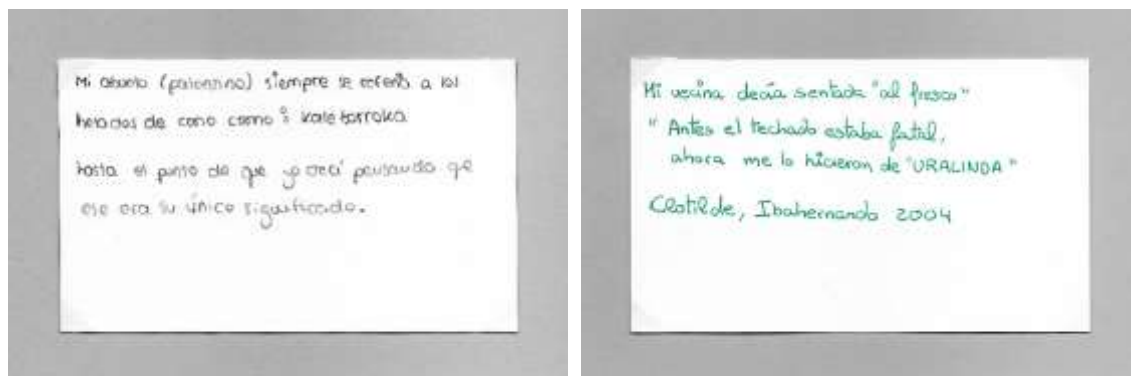


Figuras 3 y 4. Muestras de los resultados del segundo ejercicio del taller, 2025. (Fuente: los autores).

Una de las participantes creó, por ejemplo, la palabra *zapeche* y su variante *zapechón*. Este vocablo tenía dos supuestas acepciones. La primera era un “empujón recio que se da con el cuerpo para sacar de su lugar o asiento a alguien o algo”, mientras que la segunda era un “hombre joven que se compone mucho y sigue rigurosamente la moda”. Otro ejemplo que podemos citar es el verbo *moldeñar*, un vocablo que, según se indicaba en su ficha, provenía del también ficticio *moldeñus*, un término empleado supuestamente en el latín vulgar (Fig. 3). La palabra *moldeñar* solo tenía un significado, que era “hacer perder a alguien la rudeza, o quitarle la rusticidad por medio de la enseñanza”. Asimismo, por mencionar una última muestra de los resultados, podemos mencionar la palabra *carvipar* (Fig. 4), que podía ser tanto un sustantivo (“nombre genérico de varias especies de árboles, como el melocotonero, el pêsico y el duraznero”) como un verbo (“acción de desarrollar mucha actividad o movimiento al realizar algo”). *Carvipar* venía, además, acompañada de dos ejemplos de uso. Uno era: “es época de nacimiento del carvipar”. El otro: “se puso a carvipar mientras bailaba y parecía que le estaba dando algo”.

Esta invención de palabras es, en el fondo, lo que hacen las personas cuando emplean el lenguaje de una forma poco reglada, sin corsés normativos. Es lo que hacían muchas de nuestras abuelas, pero también lo que hacemos nosotros cuando confundimos una palabra por otra, cuando pronunciamos mal un término o cuando surgen de la invención espontánea en un momento concreto. Los encuentros dedicados al simple parloteo son el lugar ideal para que ocurran este tipo de actos creativos, en los que las palabras parecen ser un material dúctil como el barro. Según el poeta Pier Paolo Pasolini (1978), en las noches de cháchara siempre nace “una frase nueva, un chispazo, una palabra imprevista” (p. 241). Todas estas creaciones están ligadas necesariamente a la dimensión plástica y oral del lenguaje, y, dado que no están escritas, solo viven en la memoria de aquellos que las recuerdan. Como señala la escritora y performer Ixiar Rozas:

En nuestro cuerpo habitan otros cuerpos, los cuerpos anteriores y los posteriores. También en nuestras voces, las pasadas y las que llegarán. Las que hemos escuchado y nos han atravesado. Las que hemos emitido y nos han permitido entrar en otros cuerpos. Las que emitimos y nos harán entrar en otros cuerpos. Co-corporalidad. En otras lenguas, las primeras y las que se han ido adhiriendo en la dermis de nuestras bocas (2022, pp. 13-14).



Figuras 5 y 6. Ejemplos del archivo de palabras familiares inventadas, 2025. (Fuente: los autores).

Por ello, propusimos hacer un pequeño archivo de todas esas palabras que no están ni estarán en ningún diccionario (Figs. 5 y 6). Este ejercicio fue recibido con un gran entusiasmo por parte de los participantes, pues todo el mundo parecía atesorar algún término inventado que, de una forma u otra, se vinculaba a su círculo más íntimo.

“Mi abuelo, Palentino, siempre se refería a los helados de cono como *kale borroka*, hasta el punto de que yo crecí pensando que ese era su único significado”, escribió, por ejemplo, una de las personas que asistió al taller. Otra nos regaló esta curiosa interjección familiar: “Mi abuela Gloria dice ‘¡A Coca Cola!’ para decir ‘¡A tomar por culo!’”. Por ejemplo, cuando nos vamos de su casa, nos dice (cariñosamente) ‘¡Anda, iros a Coca Cola!’”.

A nosotros nos interesa de manera especial todo aquello que tiene que ver con esta creación de términos, con esas palabras imprevistas, llenas de chispazos. Pensando sobre ello, hemos enumerado algunos procesos de elaboración de palabras bastante corrientes entre las personas de nuestro entorno. Una primera técnica es la deformación de una palabra técnica o difícil de aprender, como podría ser decir *litus* en vez de *ictus*. Un segundo mecanismo tiene que ver con la paronimia, es decir, con el uso de una palabra para referirse al significado de otra que tiene un sonido parecido. Esto sería lo que pasa con la palabra *gangster*, que la abuela de uno de nosotros emplea en vez de *hámster*. Un tercer proceso podríamos denominarlo como “resignificación popular”, y consiste en emplear una palabra ya existente para hablar de otra cosa que no tiene nada que ver, como ocurre, por ejemplo, con ese *kale borroka* usado para hablar de los helados de cono. Y, por último, como cuarta fórmula, tendríamos la pura creación de términos *ex novo*.



Figuras 7 y 8. Fotografías del taller “Letras hasta en la sopa”, 2025. (Fuente: Molero Moleman).

Bárbaro Juarraamalajá

En su interés por las lenguas ruines, mal habladas, la poeta Luz Pichel (2013) ha apostado por el uso artístico de aquello que en Galicia se conoce como *castrapo*. La RAG define este término como “*variante do idioma castelán falado en Galicia, caracterizada pola abundancia de palabras e expresións tomadas do idioma galego* [variante del idioma castellano hablado en Galicia, caracterizada por la abundancia de palabras y expresiones tomadas del idioma gallego]” (Real Academia Galega, s.f., definición 1). La palabra *castrapo* ha sido empleada históricamente como un insulto. Se usaba y usa para referirse a la manera de hablar de aquellas personas que, aun siendo de aldea o de entornos medianamente rurales, tratan de hacerse pasar por gente de clase alta a través de su forma de vestir y de un empleo forzado del castellano, al cual llenan de todo tipo de galleguismos sin ser conscientes de ello. *Castrapo* es lo que hablan los nuevos ricos, la media burguesía o los señoritos de las capitales de provincia. Se trata de un término emparentado con otros vocablos despectivos, como pueden ser lo *cursi*, lo *kitsch* o lo *camp*, pues todas estas palabras se basan en la premisa del “quiero y no puedo” o, en palabras de una de las pensadoras más importantes sobre el concepto de lo *camp*, la escritora Susan Sontag, “una seriedad que fracasa [...] aquella que contiene la mezcla adecuada de lo exagerado, lo fantástico, lo apasionado y lo ingenuo” (2022b, p. 60).

¿Cuál sería el equivalente a este *castrapo* en Extremadura? A priori, no parece existir un término tan aceptado socialmente como el que hay en el contexto gallego. Nosotres, no obstante, proponemos el uso de un término creado por Jesús Alviz, un escritor de la Sierra de Gata que estuvo vinculado a los Movimientos de Liberación Homosexual. En una de sus últimas obras, escrita pocos años antes de su muerte a causa de la crisis del sida, Alviz empleaba la expresión “bárbaro juarrajamalajá” (1995, p. 327) para referirse al castellano lleno de extremeñismos empleado de forma inconsciente en los contextos urbanos de la región.

Este vocablo nos parece interesante porque *juarrajamalajá* es una palabra inventada, un término que no existía previamente, lo que nos devuelve a ese uso plástico del lenguaje, esa lengua viva llena de hallazgos imprevistos. Por otro lado, “bárbaro juarrajamalajá” es un pleonismo lleno de sugerencias de las que Alviz era plenamente consciente.

Bárbaro es la palabra que se empleaba en el antiguo Imperio Romano para hablar de todas aquellas personas que habitaban fuera de sus fronteras. El origen de este término estaba en el griego y significaba algo así como “el que balbucea”, aquel que solo dice “bar, bar, bar”. El empleo de la palabra *bárbaro* sigue siendo cotidiano en nuestro día a día. De hecho, su dimensión de insulto lingüístico es la que da origen a términos despectivos como *bable* (Obrero, 2025, p. 114), una fórmula ya en desuso con la que se acostumbraba a denominar al asturiano, una de las lenguas emparentadas con lo que conocemos como *extremeño*. El sintagma *juarrajamalajá* remite a la misma emisión de sonidos incomprensibles, aunque, en este caso, tiene que ver con el componente árabe de las lenguas extremeñas (véase, por ejemplo, Carmona García, 2011, pp. 80 y 85). Las tres jotas empleadas por Alviz en la creación de esta palabra quieren hacer alusión a la marcada hache aspirada del extremeño, uno de los síntomas más obvios de su pasado andalusí.

En este sentido, nosotres también apostamos por la reapropiación de la injuria como táctica política. La fórmula “bárbaro juarrajamalajá”, creada como un falso insulto por Alviz, alberga la alianza entre lenguas minorizadas. Une dos marginaciones lingüísticas: la de los salvajes del norte y la de los salvajes del sur. También es un término que propone deleitarse en el balbuceo, en un uso sensual del lenguaje, que, como de nuevo diría Susan Sontag (2022a, p.30), no parte tanto de una hermenéutica, sino de una erótica del arte.

El último ejercicio del taller consistió, precisamente, en jugar con esa condición sensual de las palabras. Con este fin, repartimos a cada uno de los participantes que nos acompañaban un plato de sopa de letras, la cual habíamos ido cocinando poco a poco a lo largo de la sesión. A continuación, uno de nosotres tomó una porción del caldo y pronunció en voz alta el sonido que aparecía en las letras de la cucharada que se iba a comer. Todo el mundo repitió ese mismo sonido inmediatamente, formando un coro de ruidos incomprensibles. La acción fue repetida, hasta que cada asistente del taller pronunció las letras que había cogido del cuenco de sopa con su cuchara.

Resulta difícil, quizá imposible, ajustarnos al formato que impone el *paper* académico y, al mismo tiempo, compartir los resultados que obtuvimos en este ejercicio. Por ello, os invitamos a preparar una sopa de letras, dejarla reposar hasta que se convierta en una masa prácticamente informe, y decir después en voz alta los sonidos que vayáis ingiriendo, todo ello acompañados de las personas que vosotros prefiráis. Así podréis disfrutar de una forma de hacer lenguaje desde la pura oralidad, y en la que las palabras, lejos de fosilizarse en un papel, se transformen como el barro húmedo. Una lengua que surja desde el encuentro, del compartir y repetirse en colectivo, del boca a boca, sensible al cambio y las mutaciones.

Referencias

- Alviz, J. (1995). Yo hablo en nombre de la vida (aproximación al mundo de Felipe Trigo). En *Teatro extremeño contemporáneo* (pp. 303-400). Departamento de Publicaciones Diputación Provincial de Badajoz.
- Bergamín, J. (2006). *La decadencia del analfabetismo y La importancia del Demonio*. Ediciones Siruela.
- Blanco Amor, E. (1959). *A Esmorga*. Editorial Citania.
- Caballero Caballero, J. (2018). Trans*itando el cuerpo: una propuesta de investigación artística basada en el cuerpo como no lugar. *AusArt Journal for Research in Art*, 6(1), 205-223. <https://doi.org/10.1387/ausart.19272>
- Carmona García, I. (2011). El extremeño. *Hápax: Revista de la Sociedad de Estudios de Lengua y Literatura*, (4), 77-102. <https://bit.ly/4k5Lm6w>
- Chamorro, V. (1979). *Extremadura, afán de miseria*. Felmar.
- Costas González X. H. (2013). *O valego: as falas de orixe galega do Val do Ellas (Cáceres-Extremadura)*. Xerais.
- Decreto 45/2001, de 20 de marzo, por el que se declara bien de interés cultural la “A Fala”. *Boletín Oficial del Estado*, 98, de 24 de abril de 2001. <https://bit.ly/4nd7qi6>
- Martín, A. (2023). *Yo hablo, ellas cantorin. Las aventuras de un extremeño por los caminos de la diversidad lingüística*. Pie de página.
- Miguélez-Carballeira, H. (2020). *Galiza, um povo sentimental? Género, política e cultura no imaginário nacional galego*. Através Editora.
- Obrero, M. (2025). *Con e de curcuspín. Cartas a las lenguas*. Anagrama.
- Pardiñas, R. (Director). (2008). *A terceira póla* [Documental]. TVG.
- Pasolini, P. P. (1978). *Escritos corsarios*. Monte Avila.
- Pichel, L. (2013). *Cativa en su lughar / casa pechada*. Progresele.
- Preciado, P. B. (2009). Historia de una palabra: queer. *Parole de Queer*, (1), 14-17.
- Real Academia Galega. (s.f.). Castrapo. En *Diccionario da Real Academia Galega*. Recuperado en 23 de junio de 2025, de <https://academia.gal/diccionario/-/termo/busca/castrapo>
- Rozas, I. (2022). *Sonar la voz. 9 ensayos y 9 partituras*. Consonni.
- Sanches Maragoto, E., Varela Aveledo, J. J., y Vila Verde Lamas, V. (Directores). (2009). *Entre linguas* [Documental]. Colectivo Glu-Glu.

ISSN: 2659-7721

<https://dx.doi.org/10.48260/ralf.extra6.234>

- Sánchez, J. P. (Presentador). (15 de abril de 2025). [Episodio de Podcast]. *La Corrobra*. Canal Extremadura Radio. <https://bit.ly/3T7J0cb>
- Sánchez, J. P. (Presentador). (25 de junio de 2024). [Episodio de Podcast]. *La Corrobra*. Canal Extremadura Radio. <https://bit.ly/4kVNkHT>
- Sontag, S. (2022a). Contra la interpretación. En D. Rieff (Ed.), *Susan Sontag: obra imprescindible* (pp. 19-30). Random House.
- Sontag, S. (2022b). Notas sobre lo “camp”. En D. Rieff (Ed.), *Susan Sontag: obra imprescindible* (pp. 52-68). Random House.